

Navegaciones

por Pia Barros

Puso la cabecera de la cama apuntando hacia el este para navegar de noche con el rumbo puesto hacia los muros y ese tiempo adulterado de la distancia que envejecían las figuras hasta desconocerlas y hacerlas ese: distancia.

Mientras ordenaba sábanas, mantas y cobertores, usó de imaginar esos días en que la vida era otra cosa, porque alguna vez tuvo que tener sentido y no ser esta maraña de todo lo por hacer y calendarios eternos sin fechas para recordar verdaderamente, salvo las inventadas de la infancia y una que otra tarde en que magnificó sus ansias de muros y amores con un número y un mes, pero que con los años habían perdido las formas y equivocado los nombres y lo transformaron en este sinsentido de lucubraciones, y sería Marta o Marcia o cómo sería, y en realidad qué me importa, no es cierto que me importe nada, ni siquiera sé si es cierto ese islote con vericuetos de cordero en donde digo que nací; ni el sur, ni sus lluvias gastadas de tanto

recordarlas en seco y a intervalos regulares, hasta que los años la fueron desvencijando, haciéndola astillas, berrándola del paisaje que se empezaba en rememorar, hasta que el mismo paisaje se fue haciendo tan hurrumbroso que tuvo vergüenza de ser una nostalgia y desapareció, dejándole un vago olor a pasto podrido y resacas marinas.

Orientó la cama hacia el este para navegar el regreso, para soñar algún punto donde tener que regresar ahora que la vejez se le iba convirtiendo en un rito difícil de soportar con esas manos en blanco, con esa frialdad de ventana como cachillo cercenándole la calle... Y esperó algo impreciso como un centauro o un caballo marino enredado en las algas, y la mirada fue rengueando por los escombros y le cabalgaron en las pupilas las certezas de los mundos olvidados por las estrellas y los soles... Entonces le llegaron desde antes los tiempos de madera, ese jugar a la calle en un surco de barro que jamás lo fue y adquirió ese nombre sólo por los pies

que se dejaron caer uno tras el otro amasando la tierra, haciéndola sendero justo al cual se elevarían las chozas y los niños... Navegó mar adentro hasta la fiebre que únicamente le permitió escuchar la noticia del circo y que amainó cuando resonaba aún el motor balbuceante del camión con la carga y el perro que bailaba, y la equilibrista y el marinero sentados junto al chófer y, dentro, enfilando la prosa hacia el norte, hacia el calor, hacia ese sitio utópico donde las personas caminaban rápido y existía el prodigio de la falta de tiempo para sentarse a ver pasar la tarde...

Despertó cuando la mañana estaba en la plenitud de los ruidos y las bocinas, y por más que intentó navegar al retorno, el sol lo tironó cama abajo, alejándolo del bote de velas plegadas y aguardantes.

Las palomas, moviéndose lentas en el contagio senil de los bancos de la plaza, comían migas de pan atajo a la llegada de Doniteo todo norte ahora que sabía que el norte estaba aún más allá de la prisa, que había más norte para ir a rumbar futuros aunque ya no tenía ningún futuro que rumbar. Doniteo clástico, de esmerados caminos que el tiempo construyó en su cara y que le dijo tienes olor a mar, a playa, y él le dijo que era cuestión de la cama hacia el este, mire Doniteo, si usted pone la cama hacia el este puede encontrar el regreso y Doniteo calló una vez más porque ni ahora ni nunca había podido hablar largo y las palabras eran para poco y mañana, mañana ocuparía el tiempo en preguntarle por qué hablaba tan extraño, como si un enjambre de peces se le anodara en la garganta...

Esa noche se preparó para el viaje irguiendo los hombros y tratando de levantar el pecho cóncavo de años ante el espejo biselado. Esta vez navegó hacia la castidad mantenida por no poder hacer otra cosa, hacia muros archivados en blanco y negro confundidos con los verdaderos, preguntándose si alguna vez tocó, lamó y mordió sin asco un muslo de carne femenina sudorosa, o era como esa vez en el cine,

masturbando los quince años en el último banco, alejado del sonido de la pianola y de las miradas oscuras de la Pola Negri. La nostalgia de lo sencillo se fue haciendo insoportable, cargándose de besos al descuido, de soñar que robaba besos; al descuido porque no lo hizo, apenas miró en la distancia la trenza en rodillo de la chica del portón que hacía clases de música en la iglesia y que de tanto desearla adquirió fama de niña mala y se quedó soltera y achacosa tejendo con su virginidad paños y carpetas, reclusa en la sacristía gracias a la caridad del padre Anselmo. Reconstruyó cada casa en ese giro al este, los islotes y sus estrecheces, la lluvia amigoladora que los había hecho nacer mirando hacia abajo, porque de otro modo se les llenaban los ojos de agua y podían pensar que estaban llorando... Navegó sin rumbo o derrumbado sobre la evidencia de estar viejo y saber que el islote era el regreso, que los lobos marinos podían esta vez llegar hasta su calle, que la cama hacia el este era un presagio de arraigo, el único desde que a los quince olvidara la partida, y tuvo olores en las manos y un tiempo ensoñado preñado a la piel y al recuerdo, o el sueño, o el anhelo de una ciudad donde no había tiempo para contemplar cómo pasaba la tarde, y se rió como antes, lento y profundo, y corrió alterando su poncho de niño para no tropezar y tropezó, y aún se reía, se reía, se lo tendría que contar a Doniteo, sabe Doniteo, anoche regresé, encontré el retorno, sabe, anoche le hice una trampa al silencio y las palomas y me descolgué por el espacio de las candelas y las algas, anoche, Doniteo, anoche...

Cuando abrieron la puerta quedaron varados ante el olor a peces muertos. En la cama orientada hacia el este, el viejo abrazaba aún entre la incertidumbre del cemento y el trozo desmembrado de la manta chilota aferrada a los dedos.

Lo llevaron entre cuatro y lo enterraron así, con todo el mar en las pupilas y un hedor a infancia resumiendo por los cuatro costados del bote definitivo.



LA AUTORA. Nacida en Santiago, en 1956, Pia Barros ha obtenido diversas reconocimientos en concursos literarios, como Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral (1977), Premio Pedro de Oña (1978) y Premio Concurso Comunal de Providencia (1980), entre otros. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, Directora de los talleres literarios Sefia, Ergo Sum, Karthouia, y Kalka. Ha publicado en diversas revistas y antologías. Este año apareció su primer libro de cuentos, "Miedos transitorios". Su relato "Navegaciones" obtuvo el primer lugar en el Premio Literario Antonio Piguet, organizado por la Sociedad de Escritores de Magallanes y la Universidad de Magallanes.

Navegaciones [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Navegaciones [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile